

APUNTES PARA UN ESTUDIO DEL AMOR EXULTANTE EN EL POEMA «TRIUNFO DEL AMOR»

Indagar algunas pautas con que el autor, sembrador de claves, perito en signos de belleza, ha elevado la estructura de su poema, es placer grande, sólo inferior al de la lectura y encuentro gozoso con la obra poética. Deviene asimismo homenaje rendido y humilde.

«Triunfo del amor», inserto en un libro donde la pasión es abismo y destrucción, se yergue, por el contrario, monumento dichoso del amor en victoria, firme como «la dura piedra que los besos encienden».

Veremos tres aspectos del poema al modo de simples apuntes, merecedores de más amplio estudio: la presencia del «yo» lírico, la certeza de que es un poema de «cosas», el manejo de vocablos «con luz», tendente a lograr determinado efecto unitario apenas acabada la lectura del poema.

A) El «yo» lírico. No analizaremos a lo hondo la total problemática del «yo» presente en obras líricas, sino sólo la peculiar forma que el significado del «yo», con frecuencia identificado erróneamente con el ser vivo del poeta, asume en este poema. Dejando aclarado que el pronombre y los verbos que de él algo predicán son signos lingüísticos, que funcionan en la estructura con igual validez que los demás, y sin relación estilísticamente analizable con la psicología del autor, vemos cómo al principio se percibe una renuncia a interpretar los signos del amor en la tierra. Se afirma que no será el poeta—de quien, por la fuerza de la tradición lírica, espera el lector que lo haga—el descifrador de ese «ardiente fuego que anegara las almas», sino la luna. El «yo» se repliega para que la luna cumpla su papel de hermana, para que ella bese con «labios lucientes» el dolor de cada rostro sin amor. Pero esta luna es aún pálida, luce débil en una «tierra ciegamente girando» (y conviene destacar como elemento de ambigüedad ese gerundio incierto, atribuible tanto al hombre como a la tierra misma, según los versos: *son el cóncavo espacio donde el hombre respira / mientras vuela en la tierra ciegamente girando*).

Lo que podríamos llamar segunda parte del poema—a partir de la cuarta estrofa— sugiere a ese «yo» en un apóstrofe a los lectores, signo de que alguien los invita a presenciar el encuentro con un cuerpo que «brilla como la piedra», que es «luz sobre los ríos». Las estrofas exultan ahora y la puntuación afectiva (*¡Ah maravilla lúcida de estrechar en los brazos / un desnudo fragante...*) señala que todos, el «yo» y los lectores, participamos juntos en el estallido del amor. Al último reaparece el «yo» sapiente, ya lúcido, que afirma su verdad al fin hallada con verbos en indicativo indubitable: el amor es esta verdad, quien ama es verdadero.

En suma: el yo del poeta deja su rol de intérprete de la realidad del amor, renuente al principio y triunfante a medida que el poema avanza, a la luna, ser de la naturaleza que se erige en caricia para los «párpados dulces, fatigados de vida» y en signo de amor; el poeta se retira, pues es la naturaleza la que ha de cantar en su lugar. Mas luego el «yo» retoma su primacía y recoge, después de la exaltación, la enseñanza de su verdad en los finales versos remansados.

B) Estamos ante un poema de cosas, ante un cosmos cerrado, donde «piedra, luz, cuerpo, luna», además de su natural sentido, van cargándose, a medida que el texto transcurre y los sintagmas se funden e intercambian significados, de una nueva y más honda semántica; esto sucede en todo poema, y en la obra total de un autor: ya «luna» no es sólo tal en estos versos, es la luna aleixandrina, pálido signo del amor triste, única luz en la tierra ciega, besadora del dolor de cada rostro; la «piedra» es piedra y algo más, en el texto, creador de su propio sentido.

El simple recuento puede ayudar a indagar el proceso significativo: existen en el poema 106 nombres, sólo 37 adjetivos, 5 gerundios. Hallamos que se trata de un poema de «cosas» de objetos, de predominio de sustantivos, articulados entre sí por verbos copulativos o que principalmente funcionan como tales; es decir, hay abundancia de presencias de las que poco se predica, si no es de un sustantivo otro (*Unos labios lucientes, labios de luna pálida / ... / son un signo de amor en la vida vacía, Arriba relámpagos diurnos / cruzan un rostro bello, un cielo en que los ojos / no son sombra, pestañas, rumorosos engaños / sino brisa de un aire ... , El puro corazón adora ... / luz sobre los ríos, su desnudo mojado / todo vive, pervive, sobrevive y asciende / como un ascua luciente ...*). Es un poema de cosas que simplemente *están*, gradualmente arrebatadas, según veremos, por la luz.

C) Estos nombres, estas cosas, comportan una carga de luz, o brillo, o fulgor, que a medida que el poema avanza se ve acrecida

en intensidad; además, evitando una enumeración prolija, podemos resumir que la proporción de nombres como «luna, fuego, soles, piedra —iluminada por el verbo "encienden" o "brilla"—, luz, ríos, desnudo, ascua, cielos, dientes, gema, maravilla (lúcida)» y otros parecidos va aumentando también al ritmo de la lectura. Allí están las cosas, sean luna, piedra o cuerpo, y los pocos adjetivos: «ardiente, pálidos, lucientes, brillante, alegre, diurnos, azuladas, irradiantes, fulgurante, lúcida» y otros, coadyuvan a dar luz a dichas presencias. Se trata de un poema eminentemente visual; cuando hallamos una imagen auditiva, en realidad forma parte de una sinestesia igualmente brindada a los ojos: *y hay un eco lejano, resplandor en oriente, / vago clamor de soles por irrumpir clamando.*

Y hasta podemos, yendo más lejos, distinguir una primera parte, en que aparecen vocablos portadores de un aspecto de la luz más atenuado, al que nos tomamos la libertad de llamar «palidez» («luna, rostros pálidos, vida —acompañada de "fatigados de"—, luceros —que se extinguen—, labios [ojos que no son], sombra, noche vencida»); y la segunda parte, abundante en términos preñados de una luminosidad intensa que hemos de denominar «fulgor»; «dientes, soles, risa que fulge, piedra que brilla, piedra encendida por besos, amor irradiante, luz o gema fulgurante: los dientes, maravilla lúcida (el adjetivo conlleva una bisemia: luz por una parte, clara inteligibilidad por otra)», etcétera. En esta segunda parte se dinamizan los verbos. Sólo al final, el verbo «saber» confirma, serenamente, la gran verdad del poeta.

Mas no se trata de un poema cuyo sentido se agote en la luminosidad. Ella es solamente fundamento de significación en que se apoya este canto al amor triunfante, pasión en estallido que deviene ascua en ascenso. El título, síntesis totalizadora del poema, nos ubica en el campo semántico del amor, que es, en este universo significativo, fulgor gozoso y, con fuerza de verdad universal, también sereno. En suma, el amor es luz y verdad, sereno y exultante triunfo.

Mucho más, y con otro rigor, podría ahondar y extenderse el examen de los recursos poéticos de Aleixandre. Es sabido que, al obrar así, sólo rondaremos el misterio último, para nosotros inefable, mas no para el poeta. Lograremos tal vez acercarnos al límite de lo bello; pero sólo el hacedor de mundos de la palabra es, más allá de aquél, señor y dueño.

MARIA ADELA ANTOKOLETZ